

Elecciones en la Ciudad, 1892-2001 Tomo II (1912-1973)

Darío Canton y Jore Raúl Jorrat,

Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, Bs. As., 2001, 429 páginas

Juan Pablo Micozzi - Aníbal Corrado

Año 2002. La República Argentina aparece inmersa en una de las crisis más agudas de su historia, evidenciada en sus facetas económicas, sociales y también político-institucionales. En un marco de alta incertidumbre generalizada, los pedidos de caducidad de mandatos, renovación dirigencial y reforma de las estructuras institucionales aparecen en el epicentro de las demandas. Las propuestas de “reforma política” proliferan, se multiplican y se reivindican con máxima intensidad del lado ciudadano y mediático, mientras la dirigencia, por su parte, se debate entre la incertidumbre, la tentación demagógica y la falta de respuestas firmes. Asimismo, no pocas voces autorizadas afirman con acentuado énfasis la disolución de las viejas identidades, la casi segura desaparición de partidos políticos tradicionales y la irremediable próxima aparición de nuevos líderes, “descontaminados” de viejos vicios y prácticas partidocráticas. El rechazo público a la dirigencia tradicional, cristalizado en el difundido “que se vayan todos”, parecería ser el disparador de un proceso irrefrenable e innovador en la historia argentina, que promete pul-

verizar al pasado, a las tradiciones políticas y a los responsables del declive nacional. En resumen, un cambio radical estaría por ocurrir en la Argentina, pero esta vez sería un cambio en serio. Ahora como nunca antes, la crisis abriría las puertas a una renovación total y genuina, tras lo cual lo viejo pasaría al arcón de los recuerdos y lo nuevo permitiría abrir el camino de la resurrección económica, política y moral.

Observando este contexto que combina conflictos político-institucionales, falta de consenso dirigencial sobre reformas políticas y demandas de cambio, cualquier cientista social más alejado de la vorágine argentina bien podría preguntarse: ¿no ha pasado el país por algún conflicto histórico similar? ¿No ha habido resoluciones exitosas precedentes para procesos políticos análogos a los de la actualidad? ¿Nadie juzga, acaso, útil el abordaje sistemático de la información pasada como fuente de potenciales soluciones? Si la respuesta resulta afirmativa y se encamina un análisis serio de la historia institucional argentina, el libro de Darío Canton y Jorge Jorrat surge como una contribución muy valorable que, a la vez que abre

las puertas a documentos históricos de envergadura, presenta un análisis pormenorizado de la estructura del sufragio en dimensiones clave del sistema político argentino.

La publicación (segundo tomo de una serie que llega hasta la actualidad), que se inicia y culmina con dos momentos centrales de la historia política de la Argentina (Ley Sáenz Peña de 1912 y el triunfo de Perón en septiembre de 1973 tras 18 años de proscripción), está presentada en tres secciones que organizan la información y el análisis.

En la primera de ellas (págs. 21-206), a partir de las respuestas que prestigiosas personalidades del campo académico y político (Julio Roca, Alfredo Palacios, Juan B. Justo, Carlos Rodríguez Larreta, Ricardo Rojas, por citar sólo algunos) otorgaran al diario *La Nación* entre agosto y septiembre de 1911, y de la encuesta anónima de 1500 casos preparada por Rodolfo Rivarola para la *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, se describe el estado de opinión en vísperas de la aplicación de la Ley Sáenz Peña; allí pueden verse con claridad las posturas políticas e ideológicas de individuos tan disímiles como influyentes en un tema harto sensible de la época: la reforma del sistema electoral y de los procedimientos electorales. Visto en su momento como la garantía de la depuración democrática de la República y fruto de incesantes controversias políticas, el clima de cambio institucional deparó opiniones muy encontradas. Es factible observar, así, fuertes contrastes entre quienes, en favor del gobierno de los “más aptos”, argumentan que “*la desigualdad es la realidad*” y que la “*concepción idealista o puramente*

imaginaria de la democracia” (el mismo Rivarola, pág. 27), y aquellos que sustentan posiciones plenamente democráticas. Pueden encontrarse también diferentes controversias acerca de la obligatoriedad del voto y el uso de los padrones militares, y múltiples desavenencias respecto de las reglas electorales a establecer, como la uninominalidad a simple mayoría (los partidarios de un gobierno mayoritario), la lista incompleta o el voto acumulativo (reformistas moderados) o la representación proporcional con fórmula de cocientes (el entonces minoritario socialista Alfredo Palacios). Aquí, más allá de la evaluación de propósitos y especulaciones electorales de cada actor individual o colectivo, es factible reconstruir un clima de época que exhibe la génesis del desenlace exitoso de una fuerte crisis política e institucional. He aquí, por lo mencionado, uno de los aportes más interesantes del trabajo.

En la segunda sección (págs. 205-309), los autores abordan el estudio de las bases ocupacionales y espaciales de los partidos en las elecciones en la Ciudad de Buenos Aires a lo largo de tres etapas entre 1912 y 1973. Allí, los vaivenes políticos de las sucesivas épocas son abordados desde la óptica del sufragio a cada partido, su arraigo territorial y el impacto de los diferentes grupos de la estructura ocupacional en ese voto. Con el objetivo de “*intentar identificar ciertas regularidades en las bases socioespaciales que pudieron haber sustentado a las fuerzas mayoritarias*” (pág. 211), los autores se indagan inicialmente acerca de la evolución del sufragio obrero y de los sectores populares tras la puesta en vigencia de la Ley Sáenz Peña. Tras examinar desde

esta óptica todas las elecciones de diputados nacionales en la Capital Federal desde 1912 hasta el golpe militar de 1930 (12 comicios en 20 circunscripciones de Capital), arriban a la conclusión de que las tendencias presentes en el segmento pueden ser presentadas en un “esquema tricotómico” sobre la composición de los electorados: una constante vinculación socioespacial del socialismo con los sectores obreros o con variables indicadoras de menor nivel social; un vínculo sociodemográfico más indefinido del radicalismo, en franca evolución de “menos a más popular” a lo largo del tiempo (hasta 1916 muestra pautas “conservadoras”, del 18 al 24 “indefinidas” para obtener un apoyo más bien “popular” entre 1926 y 1930); y finalmente, una clara tendencia a que las “terceras fuerzas” más importantes (Democracia Progresista, Socialismo Independiente o desprendimientos radicales) se asocien con indicadores sociodemográficos de mayor nivel social. Asimismo, los autores resaltan que después de 1912 puede percibirse en la Ciudad una “concentración (relativa)” de votos en los partidos más nuevos (UCR y PS), tendencia que se mantiene hasta 1926 cuando ingresa un nuevo partido a la escena (PSI) (pág. 214). Sin embargo, pese a que la UCR y el PS pueden ser considerados como las fuerzas mayoritarias de la ciudad, la suma de sus votos no alcanza a mucho más del 50%, reflejando dos características que, al entender de los autores, se revelarán constantes a lo largo de esos años: la “pluralidad política del distrito” y “volatilidad de su electorado” (pág. 214).

Posteriormente, en el período que va de 1930 a 1955, que abarca la “década infame” y los dos primeros gobier-

nos peronistas, se destaca una inédita conjunción inicial de radicales y fuerzas de izquierda en la elección presidencial de 1937 contra el conservadurismo, luego desdibujada por la emergencia de nuevos actores relevantes. Justamente, la cristalización posterior del conflicto peronismo-antiperonismo reflejó también diferentes arraigos territoriales y socioeconómicos del sufragio: mientras el PJ tendió a predominar en zonas donde anteriormente obtenían mejores resultados el socialismo y otras fuerzas de izquierda, el polo antiperonista tendió a maximizar su caudal de votos en sectores tradicionalmente radicales y también en otros de corte más conservador. Desde otra perspectiva, los datos presentados y analizados por los autores contribuyen al enriquecimiento de la discusión sobre el rol de los migrantes internos en el surgimiento del peronismo. En términos generales, la hipótesis de Gino Germani (véase por ejemplo, *Estructura social de la Argentina*, y “El surgimiento del peronismo: el rol de los obreros y de los migrantes internos”) sobre el papel decisivo de los migrantes nativos recientes, sin mayor tradición político-electoral, no es apoyada por los datos que los autores aportan para el ámbito porteño. En este sentido, los datos permitirían señalar que el mayor efecto sobre el voto peronista en términos socioespaciales podría corresponder a la presencia obrera, siendo muy reducido el aporte que agrega la mencionada presencia migrante en la Ciudad.

Finalmente, el último subperíodo a considerar (comprendido entre las elecciones de julio de 1957 y septiembre de 1973) adquiere especial interés por el rol central que adquiere la “cues-

ción peronista” en el segmento. Así, el análisis de la estructura del sufragio se revela particularmente pertinente, en especial aquel correspondiente a las tradicionales bases justicialistas. Debido a la proscripción de la mayor fuerza electoral del país y la consecuente formación de primeras minorías inestables que ganan con porcentajes escasos (o bien negociados de antemano con sectores del PJ), resulta notorio cómo las bases socioespaciales del tradicional voto peronista se mantienen (mediante el voto en blanco, el apoyo hacia otros candidatos o el canalizado hacia partidos de cuño propio) muy estables respecto de las anteriores a 1955. Así, una visión de conjunto del período muestra una importante estabilidad de los patrones territoriales y ocupacionales del justicialismo “clásico”, mientras que las dos vertientes del radicalismo (UCRI y UCRP), exhiben fuertes fluctuaciones. Claro está, en momentos de apoyo (tácito o explícito) proveniente de sectores peronistas, sus caudales tendieron a engrosarse, pero sin que eso significase una súbita adhesión de viejos sufragantes del PJ a sus filas.

Finalmente, la tercera sección (págs. 311-387), denominada “Más allá de la Ciudad”, se centra en aspectos fundamentales de las elecciones de marzo y septiembre de 1973, tratando de identificar las variaciones en el voto obrero desde el ’46 hasta esa fecha. Con el propósito manifiesto de *“comprobar si el peronismo, cuya emergencia en el terreno político coincidió con una conciencia de clase mayor que nunca y voto masivo siguiendo líneas de clase en la Argentina, todavía tenía el respaldo de la mayoría de los trabajadores”* (pág. 315), los autores

correlacionan la estructura ocupacional y el porcentaje de votos obtenidos por los principales partidos en 5 de las zonas urbanas más desarrolladas del país: ciudad de Buenos Aires, La Matanza (Pcia. de Buenos Aires), ciudad de Córdoba, San Miguel de Tucumán y Rosario. Tras la comparación y el análisis de los datos, Canton y Jorrot concluyen que efectivamente los obreros respaldaron fuertemente al peronismo en la elección presidencial de marzo del ’73, así como también que los perfiles ocupacionales de los partidos no cambiaron mucho entre 1946 y la fecha en cuestión. Sin embargo, es de destacar que en muchas ocasiones pueden distinguirse en el peronismo *“sectores que están claramente relacionados con diferentes estratos ocupacionales”* (págs. 321), por lo que si bien puede atribuírsele a esta fuerza el apoyo de la mayoría de los obreros, *“los trabajadores no dan cuenta del voto peronista, y ni siquiera son siempre su mayoría”* (pág. 322), existiendo en consecuencia distritos en los que el FREJULI no resultó necesariamente un frente con predominio obrero. Esta aseveración se constata también posteriormente, cuando en el análisis de la distribución y el crecimiento del voto peronista de marzo a septiembre de 1973, llegan a la conclusión de que *“el crecimiento del caudal peronista en septiembre es notorio, teniendo en cuenta los niveles alcanzados en marzo”* (pág. 344), debido principalmente al aporte proveniente tanto de sectores de izquierda como de otros ligados al *“caudillismo provincial populista”*.

El libro cierra con la estimación y comparación del voto obrero en las elecciones de 1946 y de marzo de 1973, dejando de lado concientemente toda

consideración “*de las orientaciones de los actores ni del significado que para ellos pudo tener el peronismo como expresión política en situaciones históricas tan diferentes*” (pág. 378). Comparando dichas elecciones puede decirse que existió igual o mayor homogeneidad en los sectores obreros apoyando al peronismo, así como de los no obreros en apoyo de los otros partidos. Asimismo, hubo un peso similar de los sectores obreros en el peronismo, mientras en términos generales fue mayor el de los no obreros en los otros partidos (pág. 378).

En resumen, por la originalidad y riqueza de sus fuentes, por la meticulosidad en el manejo de los datos, por alumbrar partes de la historia argentina que se tienden a considerar sobreentendidas o únicas, el trabajo de Canton y Jorrat constituye una obra de lectura recomendable para analizar el pasado y, por qué no, conjeturar el devenir de la política argentina. Insumo aún más necesario en estas épocas de crisis que no son tan simples ni tan monocausales como algunas veces se las pretende ver.